

ACTAS DEL III CONGRESO
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)

Edición al cuidado de
María Isabel Toro Pascua

Tomo I



SALAMANCA

BIBLIOTECA ESPAÑOLA DEL SIGLO XV
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

1994

ISBN: 84-920305-0-X (Obra completa)

ISBN: 84-920305-1-8 (Tomo I)

Depósito Legal: S. 1014-1994

Imprime: Gráficas VARONA

Rúa Mayor, 44. Teléf. 923-263388. Fax 271512
37008 Salamanca

La aparición de Florestán: Un episodio en el *Amadís de Montalvo*

Victoria CIRLOT

En el libro I del *Amadís* hay un pasaje que llena de sorpresa al lector. Es un episodio importante y totalmente imprevisto, lo cual no deja de ser raro en un relato donde la técnica narrativa todo lo prevee, de modo que el horizonte de expectación generado por la lectura, se encuentra, de un modo constante y sistemático, culminado y nunca contrariado¹. En contraste con estos rasgos dominantes en el arte de narrar, de pronto emerge en esta obra un episodio que contradice la norma, introduciendo un brusco giro en las expectativas. Me refiero a la súbita aparición en el capítulo XL de Florestán, el hermano bastardo de Amadís y Galaor. Y no sólo este episodio cambia el rumbo del desarrollo novelesco, sino que además queda aislado en la obra, sin continuación. Me propongo aquí aclarar estas impresiones, y, quizás, algo iluminen acerca del complejo asunto de la labor de refundición de Garcí Rodríguez de Montalvo.

Tres son las cuestiones que trataré de dilucidar: en primer lugar, lo extraño del episodio en sí; en segundo lugar, lo inesperado del episodio en el contexto de la obra; y, en tercer lugar, su falta de continuidad en los tres libros restantes del *Amadís*.

1

Amadís cabalga junto con Galaor y Agrajes hacia el castillo de Grovenesa y Briolanja para vengar a la «niña hermosa» de su tío Abiseos en batalla judicial de tres contra tres. Cabalgando por un camino, encuentran a una doncella que les dice que mejor lo abandonen, pues hay un caballero que defiende el paso. Al oír Amadís como lo alaba la doncella, siente grandes deseos de conocerlo, y le ruega que le conduzca hasta él. Se internan por la floresta y «a la salida de la floresta vieron un cavallero»². Hasta aquí no hay nada de particular. La figura del caballero defensor del paso ya ha aparecido anteriormente en la novela (cap. XVII, Angriote d'Estraváus). No obstante, este nuevo defensor del paso no puede confundirse con otro. El aspecto del caballero es «extraño»: «vieron un cavallero grande todo armado en un fermoso cavallo ruano». Nada se dice en esta primera y

¹ W. Iser, *Der Akt des Lesens*, Munich: Fink, 1984.

² Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. V. CirLOT y J. E. Ruiz Domenech, Barcelona: Planeta, 1989.

rápida descripción de sus señales heráldicas, pero más adelante Galaor lo reconoce cuando le describen sus armas: «Un escudo bermejo y dos leones pardos en él, y en el yelmo otro tal³». En el Libro III se vuelve a describir el escudo de Florestán («aquel de las armas coloradas y leones blancos es don Florestán»), con lo que Riquer blasona tal escudo como «de gules dos leopardos de plata⁴». Ciertamente, nada especial tiene este escudo de leopardos, sino fuera porque esta señal heráldica no se encuentra sólo en el escudo, sino también en el yelmo. Interpreto la expresión «y en el yelmo otro tal» como que el caballero portaba el yelmo coronado de dos leopardos, o sea, que llevaba una cimera. Esta pieza cuya existencia estaba documentada en Europa en el siglo XIII podía tener una función ornamental, y también heráldica como ocurría en Alemania⁵. En este caso, hay una perfecta adecuación entre las figuras representadas en el escudo y las representaciones de la cimera, de modo que se trata de una cimera heráldica. Como más adelante se contará, el caballero de la cimera viene de Alemania, por lo que la ostentación de tal pieza con función heráldica se encontraría plenamente justificada. El caballero que guarda el paso es un «cavallero estraño» pues procede de un país extraño, lo que quedaría representado justamente por portar tal pieza. Pero además, es el único caballero en todo el *Amadís* que lleva una cimera. La figura del caballero de la cimera de leopardos sorprende, indudablemente, a Amadís, a Galaor, a Agrajes y también al lector.

La extrañeza del caballero de la cimera no sólo procede de un aspecto extraño: también lo es su comportamiento. Se dedica a «guardar esta floresta de todos los cavalleros andantes quinze días», lo que constituye un tipo de acción habitual en la caballería, pero no tanto así la forma: «y mándavos dezir que si os plaze con él justar, que lo hará con tanto que la batalla de las espadas cesse»⁶. Es decir, que el caballero de la floresta sólo quiere justar a caballo y con lanza. Revela un depurado conocimiento del peligro de las armas, de los grados en el juego de la muerte, y además lo expresa de un modo explícito: combatir con lanzas es menos peligroso que combatir con espadas: guardar la floresta no puede requerir un tipo de batalla a ultranza y se impone dejarlo bien claro⁷. El caballero de la floresta se muestra mesurado, ajeno a la ira y a la «saña», cortés, en definitiva. La justa que él propone, contrasta con la crudeza de la batalla judicial que en el relato acaba de mantener Olivas contra el duque de Bristoya (cap. XXXIX) y con la que habrán de mantener Amadís y Agrajes contra Abiseos y sus hijos (cap. XLII). Cierto que estos dos combates son batallas judiciales a muerte, pero la descripción de este tipo de justa propuesta por el caballero de la floresta no deja

³ *Amadís*, pág. 316.

⁴ M. de Riquer, *Estudios sobre el Amadís de Gaula*, Barcelona: Sirmio, 1987, págs.169–170.

⁵ M. Pastoureau, *Figures et couleurs. Etude sur la symbolique et la sensibilité médiévales* («Du masque au totem: le cimier héraldique et la mythologie de la parenté», págs. 139–159), París: Le Léopard d'or, 1988; cf. también mi «La Cimera como máscara caballerescas», en *L'immagine riflessa*, Anno XII (1989), N. 1, págs. 109–120.

⁶ *Amadís*, pág. 310.

⁷ V. CirLOT, «El juego de la muerte. La elección de las armas en las fiestas caballerescas de la España del siglo XV», en *Actas del VII Convegno di studio*, Narni, 14–16 oct., 1990, págs. 55–78.

de provocar un efecto muy diferente al que se acaba de experimentar en el combate inmediatamente anterior en el relato (cap. XXXIX). También sigue resultando diferente si lo comparamos con la justa que mantiene Angriote d'Estraváus con Amadís (cap. XVII), y, en este caso, deberían ofrecer un grado de peligrosidad similar. Como Angriote, el caballero de la floresta guarda el paso a petición de una doncella, aunque Angriote lo haga por «la amiga más hermosa». En el combate entre Amadís y Angriote, se manejan las lanzas y las espadas, hasta que Angriote se ve «en aventura de muerte»⁸. En cambio, el caballero de la floresta no permite llegar a ese grado. Después de advertir que «la batalla de las espadas cesse» justa con Agrajes, y con gran facilidad lo derriba al suelo de un golpe de lanza. Al ver venir a Galaor, toma otra lanza, y, al juntarse con los caballos, Galaor cae en tierra del golpe. La pericia del caballero en el manejo de la lanza queda probada después de derribar a Agrajes y Galaor. Pero lo que ningún lector puede esperar, es que también derribe a Amadís. Es la primera vez en todo el relato, y será también la última (al menos en los cuatro libros del *Amadís*), en que el gran héroe de la novela es derribado y así vencido. El momento es prodigioso: «Después dixo al cavallero que se guardasse. Entonces se dexaron ir el uno al otro; y las lanças bolaron por el aire en pieças; mas juntáronse los escudos y yelmos uno con otro que fue maravilla; y Amadís y su cavallo fueron en tierra; al cavallo se le quebró la espalda; el cavallero de la floresta cayó, mas llevó las riendas en la mano y cavalgó luego muy ligeramente.»⁹ La situación de Amadís, en el suelo y con el caballo medio muerto, mientras el otro ya se ha recuperado, resulta totalmente novedosa. En cualquier caso, la situación está matizada, pues como reclama Amadís: «Cavallero, otra vez os conviene justar, que la justa no es perdida, pues ambos caímos.»¹⁰ Al otro nada le importan las palabras de Amadís, y, tal y como había anunciado, la batalla ha de concluir antes de desenvainar las espadas. Mientras el caballero extraño se aleja, ellos, Agrajes, Galaor y Amadís, lo contemplan sentados en el suelo y «tuvieronse por muy escarnidos, y no podían pensar quién fuesse el cavallero que con tanta gloria dellos se avía partido.»¹¹ Cuando tratan de perseguirle para descubrir su identidad, la doncella les persuade que no lo hagan, pues «sería locura pensar vos de lo hallar.»¹² Sólo Galaor insiste en la persecución, y, mientras Amadís y Agrajes continúan hacia el castillo de Grovenesa y Briolanja, Galaor se separa de ellos para ir en su busca.

2

De pronto hay un caballero desconocido que deja a Amadís «escarnido», en una situación vergonzosa. ¿Quién es el caballero de la cimera, guardador de la floresta? Por nada deja Galaor de saberlo. Una doncella le conduce hasta el

⁸ *Amadís*, pág. 157.

⁹ *Amadís*, pág. 310.

¹⁰ *Amadís*, pág. 310.

¹¹ *Amadís*, pág. 310.

¹² *Amadís*, pág. 310.

caballero desconocido. Van a justar de nuevo y el caballero extraño «parecía tan bien y tan apuesto que era maravilla»¹³. Quiebran las lanzas y cuando Galaor «metió mano a la espada», el caballero se continúa resisitendo, requiriéndole a justar de nuevo. El caballo de Galaor «hincó las rodillas y por poco no cayó», pero Galaor logra enderezarlo. En este punto, Galaor vuelve a desenvainar la espada, y ahora sí comienza la batalla de las espadas. Sin embargo, por parte del caballero desconocido es sólo una aceptación al requerimiento de Galaor, pues dice: «Cavallero, vos desseáis la batalla de las espadas, y cierto yo la recelava más por vos que por mí, si no, agora lo veréis.»¹⁴. La saña de Galaor se manifiesta en sus palabras: «Hazed todo vuestro poder, que yo assí lo haré fasta morir o vengar aquellos que en la floresta malparastes.»¹⁵. La batalla de las espadas parece, en efecto, batalla a muerte. Y es ahora cuando comienza la «brava batalla», «para se matar», primero a caballo, luego a pie. Cuando Galaor se ve con más ventaja, le insta a que le descubra quién es. El desconocido se niega, y la batalla prosigue con gran saña. Nunca antes en el relato le había costado a Galaor vencer a un adversario, excepto en una ocasión, y ésta fue en el combate con Amadís (cap. XXII). Ambas suceden de tal modo, que difícilmente se sabe quién de los dos obtendrá la victoria. Y como en aquella otra anterior, también aquí la batalla se interrumpe por intervención de alguien, en este caso, la amiga del caballero desconocido. Al descubrir la identidad del desconocido, pone fin al combate. Sus palabras suenan de un modo inesperado: «Dígovos que este nuestro cavallero ha nombre don Florestán, y él se encubre assí por dos cavalleros que son en esta tierra sus hermanos, de tan alta bondad de armas, que ahunque la suya sea tan crecida como havéis provado, no se atreve con ellos darse a conoçer hasta que tanto en armas haya hecho, que sin empacho pueda juntar sus proezas con las suyas dellos; y tiene mucha razón, según el gran valor suyo; y estos dos cavalleros son en casa del rey Lisuarte, y el uno ha nombre Amadís y el otro don Galaor, y son todos tres hijos del rey Perión de Gaula.»¹⁶. Si desde el principio de este libro se sabía que Amadís iba a tener un hermano, Galaor, nada en cambio, señalaba la aparición de un tercero, de Florestán, engendrado antes que éstos, según una historia, la del rey Perión y de la hija del conde de Selandia, que se narra en el capítulo siguiente (cap. XLII). Se trata de una historia inesperada después de habérsenos contado que el rey Perión jamás había amado a doncella antes de conocer a Helisena (cap. I) y, en efecto, es la hija del conde la que se enamora de Perión y la que le obliga a acostarse con ella, porque de lo contrario se suicidaría. Con todo, el episodio no sólo es imprevisible porque no haya sido anunciado, o porque añada un nuevo relato a la historia de Perión que el lector creía ya conocer. La aparición de un tercer hermano de Amadís supone un cambio en la concepción de la estructura de la obra, pues destruye el binomio Amadís–Galaor, sobre el que se ha insistido de un modo tenaz a lo largo de todo el primer libro. Se trata de un binomio que

¹³ *Amadís*, pág. 319.

¹⁴ *Amadís*, pág. 319.

¹⁵ *Amadís*, pág. 319.

¹⁶ *Amadís*, pág. 322.

podríamos denominar arquetípico, pues hace alusión al mito gemelar. Las vidas de Amadís y Galaor corren paralelas: ambos son perdidos poco después de su nacimiento (Amadís echado en el río y Galaor raptado por el gigante), sus infancias transcurren alejados de sus padres y son adoptados, ambos desean ser armados caballeros y reciben armas de Urganda (Amadís, la lanza, y Galaor, la espada), ambos realizan una primera hazaña (Amadís combate con el rey Abiés de Irlanda y Galaor con el gigante de la Peña Galtares). En el relato existe una clara intención de compararlos. Se habla de su intenco parecido en reiteradas ocasiones, pero también, como conviene al mito gemelar, de su carácter antinómico¹⁷. Ya su propia circunstancia de pérdida es opuesta: uno fue perdido por voluntad de la madre (Amadís) y el otro raptado contra su voluntad (Galaor), tal y como acentúa Ungán al desvelar a Perión el significado de su sueño. Al mismo tiempo, su oposición se muestra con nitidez en un rasgo que es esencial a cada uno de ellos: el amor. Según el mito, los gemelos se enfrentan y uno de ellos debe morir. Urganda prevee cómo sería semejante combate, al decir: «Pues razón es que lo sepáis, que él es de tal corazón y vos así mismo, que si vos topássades no os conociendo, sería gran mala ventura.»¹⁸. Esta estructura gemelar, que también repercute en la ordenación del relato (la historia de Amadís alterna con la de Galaor), se rompe con la aparición de Florestán. Parece que el episodio va a orientar de un nuevo modo el relato, creando una nueva estructura. Sin embargo, no sucede estrictamente de ese modo.

3

A partir del Libro I el binomio Amadís–Galaor se debilita, sus historias dejan de ser alternadas, y las analogías se van desvaneciendo. Pero la introducción de Florestán no genera una tríada, y el propio personaje se diluye, o, al menos, no ocupa un lugar más destacado que otros muchos. En el Libro I se describe una situación en la que vive Florestán de la que sólo se volverán a hacer escasas menciones. Se trata de un tipo de situación conocida en la tradición artúrica: una dama poderosa, señora de una isla, retiene a un caballero por amarlo demasiado. Ese es el caso de Florestán, pues como le cuenta una doncella a Galaor, «y tiénelo consigo, que lo no dexa salir a ninguna parte»¹⁹. El poder de la señora, la prisión en que tiene al caballero amado, nos recuerdan el motivo del hada amante, conocido desde el *Erec* de Chrétien en el famoso episodio de la «Joie de la Cort» hasta la Isla de Oro en el *Bel Inconnu* de Renaut de Beaujeu²⁰. En este caso, la señora no deja inactivo al caballero, sino «por lo detener fácele passar algunos cavalleros que lo quieren con que se combata». Es ella una «muy hermosa dueña,

¹⁷ C. G. Jung, *Transformaciones y símbolos de la libido*, Buenos Aires, 1952. F. Cumont, *The Mysteries of Mithra*, Nueva York, 1956 (1ª ed. 1903)

¹⁸ *Amadís*, pág. 88.

¹⁹ *Amadís*, pág. 317.

²⁰ L. Harf-Lancner, *Les fées au moyen âge*, París: Champion, 1984.

y ha nombre Corisanda, y la ínsola, Gravisanda.»²¹. Después del combate, Galaor y Florestán curan sus llagas en el castillo de Corisanda, y después deciden ir en busca de Amadís. «Cuando Florestán se despidió de su amiga, sus angustias y dolores fueron tan sobrados y con tantas lágrimas, que ellos avían della gran piedad; y Florestán la conortava prometiéndola que lo más cedo que ser pudiese la tornarían a ver.»²². Pero Florestán no regresa nunca a la ínsola Gravisanda. Es Corisanda quien va en su búsqueda, y, pasando por la Peña Pobre, llega a la corte del rey Lisuarte (cap. LI), donde se encontrará con Florestán. De nuevo, el caballero le promete acudir a sus tierras, lo que tampoco cumple (cap. LIII). Y es que, en realidad, Florestán no es un «leal amador» como se demuestra en el arco de la Insola Firme (inicio del Libro II). En esto se parece a Galaor; al final, ambos se casan: Florestán lo hace con la reina de Cerdeña, Sardamira, (cap. CXX). De Corisanda no queda ni rastro y el propio Florestán se va difuminando, sobre todo si se compara cualquier episodio en que reaparece con su irrupción primera en el relato. Casi me atrevería a decir que aquel caballero de la cimera defensor de la floresta, aquel excelente justador enemigo de las batallas a espada al menos para las «justas cortesés», no vuelve a salir en toda la obra. Así como los rasgos que definen a los personajes principales persisten coherentemente a lo largo de los cuatro libros (Amadís, Galaor, Agrajes), de Florestán quedan sólo unas débiles huellas. No deja de ser curioso que en las *Sergas de Esplandián*, Montalvo lo cualifique como el mejor caballero junto a Esplandián, por encima de Amadís y Galaor, una afirmación que es sólo coherente con la primera aparición del personaje en la obra²³. Quizás Montalvo, al refundir el *Amadís* o los *Amadises* primitivos se resistiera a suprimir tan bello episodio, para después como hiciera en otros casos, cortar ahí donde la pareciera que no convenía a la intención general de la obra. Quizás Florestán ocupara un lugar mucho más destacado en las versiones antiguas. Pero esto son puras conjeturas sin ningún asiento. Sólo podemos continuar sorprendiéndonos en el *Amadís* de Montalvo de la extraordinaria y extraña aparición del caballero guardador de la floresta.

²¹ *Amadís*, pág. 317.

²² *Amadís*, pág. 339.

²³ J. Amezúa, «Oposición de Montalvo al *Amadís*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 21 (1972), págs. 326–328.